



Frédéric Barbier

Historia de las bibliotecas:

de Alejandría a las bibliotecas virtuales

Buenos Aires

Ampersand

2015

462 páginas

Bibliotecas: una travesía comunicativa

Silvia Sleimen¹

Frédéric Barbier es un reconocido archivista, historiador y paleógrafo francés. Cuenta con numerosas publicaciones, entre ellas, varias dedicadas a la historia del libro, en cuyo estudio se ha especializado. En esta oportunidad se aboca a la historia de las bibliotecas, para ello considera, como punto de partida imprescindible, la base polisémica del término eje de análisis y lo hace en

busca de reflejar los modos en que se manifiesta esa multiplicidad semántica en diferentes culturas y estructuras simbólicas, sostenidas en un marco cronológico.

Resulta sumamente interesante su justificación acerca de la pertinencia, en nuestros días, de un estudio como el que presenta: las mutaciones, sostiene, muchas de ellas revolucionarias, por las que la institución objeto ha transitado y transita en el más estricto presente no han afectado su función democratizadora y su contribución a la construcción de la identidad en la memoria colectiva a escalas grupal, local, nacional o sectorial.

¹ Doctora en Documentación por la Universidad Carlos III de Madrid, España. Profesora Asociada regular en el Área Teórico Metodológica del Departamento de Ciencia de la Información, en la Facultad de Humanidades de la UNMdP. Mail de contacto: sislei@mdp.edu.ar

Podría pensarse que el autor se ha formulado un plan de trabajo que involucra la búsqueda de respuestas a una serie de interrogantes por indagar, con base en un recorrido histórico y en sentido múltiple: ¿La institución que denominamos biblioteca estuvo siempre constituida por idénticos elementos? ¿Resulta significativa la evolución de sus misiones y funciones? ¿Quiénes se comunicaron en sus ámbitos en los diferentes momentos? ¿Cómo se origina la Bibliotecología y cómo se transforma su objeto de estudio con el tiempo? ¿Cuáles son las razones por las que se modifican las funciones del bibliotecario? ¿Es posible analizar la evolución de los procesos de mediación?, entre otros.

Las fronteras intersticiales de las disciplinas en las que Barbier se ha formado le proporcionan, *a priori*, un espacio muy prolífico en el que se torna posible abordar el objeto de estudio desde la pluralidad de enfoques ofrecidos. No obstante, la lectura de las primeras páginas evidencia que parece privilegiar uno de los puntos de acceso, el institucional, vale decir, elige partir de las expresiones concretas que se sucedieron a lo largo de la historia. En ese sentido, podría pensarse una adscripción del autor a concepciones —y por lo tanto definiciones y fundamentos teóricos y metodológicos— disciplinares, formuladas desde una mirada intrínseca de las unidades de información. Del mismo modo, cómo se despliegan y en qué sentido operan las múltiples fuerzas que influyen en el devenir del campo objeto de estudio, también parecen haber sido considerados con mayor peso en los elementos interactuantes en su interior.

En cuanto al itinerario emprendido, el capítulo 1, “Los orígenes antiguos”, se inicia con las primeras manifestaciones de la escritura, registradas en Sumer, la mítica Alejandría y la transferencia material y simbólica de Oriente a Occidente. Esta trasposición lo lleva a Europa; es así que en

los capítulos siguientes establecerá geográficamente su análisis en dicha región y más precisamente en Italia, Francia, Alemania y el Reino Unido, con algunas excepciones, tales como consideraciones acerca de casos españoles y de otros países del viejo continente, en orden decreciente. La casuística de las instituciones allí situadas resultará de sumo interés a quienes deseen estudiar en detalle esas bibliotecas, su arquitectura, sus funciones, los formatos documentales, sus tipos de usuarios y colecciones.

Un detalle no menos relevante lo constituye la consideración de ciertas bibliotecas y museos como una misma unidad de información en los tramos iniciales, con base en el concepto de coleccionismo, y su posterior independencia tipológica, en la medida en que fueron ganando complejidad las colecciones documentales y tomando cuerpo las especificidades funcionales en ambas unidades informativas.

La referencia a Estados Unidos de América, en tanto, será aportada en el capítulo 9, dados su condición de país pionero en la formación profesional universitaria de los bibliotecarios, su organización gremial: la *American Library Association* —cuya inspiración fue imitada en algunos países europeos— y el notable desempeño de todo tipo de bibliotecas, en especial, las públicas.

El desarrollo contemporáneo de la tecnología de la información y la comunicación, instituyente de lo que el autor llama “La posmodernidad o las metamorfosis del tercer milenio”, lo lleva, en las conclusiones, a un cierre sin anclaje geográfico; más bien sostenido en la observación de instituciones sumidas en las lógicas de *Internet*, el hipertexto y el acceso abierto, condiciones de recepción tan diferentes a las detalladas en los siglos anteriores que trasladan el ámbito de

intercambio a la Red, en la que usuarios y bibliotecarios pueden interactuar y de hecho, interactúan, sin contacto directo. El autor percibe así la ruptura de la institucionalidad clásica que asociaba la biblioteca con un espacio físico. Esta nueva realidad se constituye con la sustancial transformación del ámbito comunicativo en el que los canales y el referente se modificaron por completo y pasó de establecerse el intercambio, con base en una lógica de almacenamiento documental a otro, de flujos de información.

La mutación comunicativa resultante obliga, según su epílogo, a repensar algunos aspectos clave tales como la cooperación, las condiciones de accesibilidad de la población —incluidos versus excluidos—, la fiabilidad de las fuentes, los derechos que rigen sobre los contenidos y su uso, la garantía del acceso en cualquier circunstancia, los nuevos modos de organización de la información requeridos por la *web* y la consideración histórica de los edificios como espacios de encuentro público, aún en instituciones especializadas.

La investigación lo conduce a buscar el significado y el alcance del término estructurante de la obra, en cada época, en relación con su razón de ser, sus propósitos y el sistema abierto que involucra. Pero, además, a poner un énfasis especial en un minucioso estudio sobre los edificios como referente activo, vale decir, como espacio que denota lo que allí acontece, que lo caracteriza y define pero también que incide en modo decisivo en lo que en su ámbito institucional sucede.

Por otra parte, el trabajo se constituye también, aunque en menor medida, en una historia de los formatos documentales, concebidos en interrelación sistémica con los otros elementos constitutivos del universo de la lectura, tanto desde una mirada enfocada en la estricta especificidad cuanto en su vinculación con

los respectivos contextos socioeconómico, político, educativo y tecnológico.

A lo largo de toda la obra, Barbier recurre a representaciones, halladas en variadísimos testimonios, en busca de explicaciones acerca de las conformaciones edilicias que albergaron las colecciones, de los tipos de soporte y cómo estos influyeron en cada caso en la forma que adoptaban la construcción y el mobiliario. Cómo dichos soportes incidieron, además, en el tipo de práctica de los bibliotecarios, en la evolución de la organización de la información que contenida en los documentos, el perfeccionamiento de los catálogos y otras formas de identificación física e intelectual creadas y desarrolladas en cada época y las condiciones de acceso a los servicios, no sólo físicas, sino también las restricciones de ingreso, ocurridas en función de la pertenencia a los grupos dominantes, entre otros aspectos, analizados en este trabajo. Incluye una importante serie de imágenes que enriquecen la explicación y facilitan su comprensión.

El lector encontrará, entonces, un minucioso estudio de las bibliotecas europeas en todos los sentidos mencionados, pero también, en consideración de quiénes detentaron el poder y qué tipo de concepción pensaron para ellas, en los distintos momentos la Iglesia, la monarquía, la realeza o la ciudadanía, como hacedores de políticas de Estado.

En definitiva, el trabajo significa una contribución al análisis histórico de las dimensiones implicadas en las bibliotecas y las transformaciones que en cada una de las épocas abordadas (que constituyen la estructura de la obra) se suceden en las condiciones de producción, circulación, mediación, recepción y prácticas de lectura, con la biblioteca, expresada en sus versiones tradicional o digital, como eje medular. Por eso, sintetiza:

La biblioteca en cuanto lugar (físico) o recurso (virtual) constituye, como tal, un espacio nuevo de puesta en orden y de aprendizaje en relación con una 'infosfera' de una riqueza aplastante: en cierta manera, ella filtra los datos y los recursos, los organiza y restablece así un cierto orden y una cierta inteligibilidad en un paisaje de apariencia caótica (452).